

VIENTO CAUTIVO

8 de noviembre de 1792, Real Colegio de Artillería, Alcázar de Segovia.

Las primeras luces del día iluminan tenuemente los valles del Eresma y del Clamores, invadidos todavía por las brumas otoñales. En la vieja fortaleza de la dinastía Trastámara, Pascual Gayangos y Gesualdo Sahagosa, prestos para la partida, lucen orgullosos su uniforme de cadete. La casaca es corta, de color azul, lleva solapa y ojales con vuelta roja y collarín del mismo tono. Los botones se distribuyen hasta el talle, lisos y convexos. Elegantes cordones de oro con dos borlas sustituyen a las charreteras. A cada lado del cuello llevan hilvanada una bomba que sirve de insignia. Los correaes, de terciopelo carmesí, destacan sobre el calzón azul. Sujetan el machete mandado fabricar en Plasencia y el espadín de manufactura napolitana. En las tapas de las cartucheras se aprecian, bordadas con realce, las armas de España adornadas de trofeos. El sombrero es de bies delantero no muy ancho y lleva un galón de oro mosquetero y escarapela. Las alas no sobresalen de la copa medio dedo. Va rematado con una pluma blanca.

En el interior de la “Casa de la Química”, muy próxima al Alcázar, el profesor francés don Luis Proust repasa y ultima los detalles para la inminente salida. Le acompañan los oficiales don Pedro Fuertes, don Manuel Gutiérrez y don César González. Juntos esperan la llegada del conde de Lacy, director del Colegio de Artillería, para recibir sus bendiciones. Los cuatro hombres son conscientes del reto que tienen ante sí y no contemplan un fracaso. La Academia Militar que Carlos III ordenara fundar allá por el año 1764 y que el conde Félix de Gazola había dirigido de manera extraordinaria hasta poco antes de su muerte, en 1780, tiene la ocasión de demostrar que se halla en la vanguardia de la ciencia moderna. Es la gran oportunidad para enseñar a sus benefactores y grandes valedores la utilidad de los saberes científicos aplicados al campo de la técnica militar.

La instrucción impartida en el Colegio armoniza la teoría y la práctica. Se basa en los presupuestos de la ciencia moderna. Aritmética, geometría y ortografía se combinan con el estudio de los *Elementos* de Euclides, con los idiomas, el álgebra, la esgrima, la estática, el cálculo diferencial e integral y las materias propias de la artillería: fortificación, mecánica y táctica. También hay tiempo para el baile, porque el Caballero Cadete instruido en el Alcázar recibe una formación intelectual y física. El enfoque pedagógico y docente de la Academia Militar está claramente inspirado en el espíritu de lo que pasará a la Historia como el Siglo de las Luces. La idea de Gazola fue impartir, desde temprana edad, unas enseñanzas sostenidas por dos pilares básicos: las matemáticas y una pulcra educación. Se trata de preparar a los futuros oficiales para vivir en la sociedad de la Ilustración, y éste es el camino que sigue Lacy. La formación científica y militar impartida es verdaderamente de élite y ha convertido al Real Colegio Militar de Caballeros Cadetes de Artillería de Segovia en uno de los centros de enseñanza más prestigiosos de España y de Europa.

Gayangos y Sahagosa se saben partícipes de un hito. Las pruebas efectuadas en el mismo Alcázar en los días previos fueron un rotundo éxito. La noticia corrió como la pólvora y el mismísimo Rey presenciará una nueva demostración. Aparte de su familia, asistirá también el conde de Aranda. A pesar de que atraviesa difíciles momentos en el Gobierno del Reino fue un gran impulsor del Colegio en época de Carlos III. Más tarde, como embajador de España en Francia convenció al profesor Proust para su traslado a Madrid, donde dirigió el Laboratorio de la Química de la calle del Turco, antecedente de la “Casa de la Química” del Alcázar de Segovia. Aranda fue clave para la fundación de la Academia y es el principal promotor de esta exhibición. No van a defraudarle.

14 de noviembre de 1792, Palacio Real de Madrid.

El sonido de las ruedas de los carruajes y de los cascos de los caballos sobre el empedrado desfigura el silencio que domina la noche, alumbrada únicamente por el fuego de las antorchas. La comitiva real deja la capital y parte en penumbra hacia El Escorial.

El espectáculo que espera presenciar puede mitigar en parte la zozobra que angustia al soberano. Son momentos de incertidumbre ante los sucesos de París. Carlos IV teme por el destino de su primo Luis XVI, prisionero de los revolucionarios. Las noticias que llegan a través del embajador no son nada halagüeñas, pero debe aparentar normalidad ante sus súbditos, la mayoría ajenos a lo que ocurre más allá de los Pirineos. Si bien pretende seguir la línea de su antecesor a la hora de modernizar el Reino y dar prevalencia a la razón sobre la carcomida doctrina eclesiástica, en este caso el monarca ha dado órdenes estrictas para controlar o, directamente, impedir el paso de cualquier información que proceda de Francia.

El rey viaja taciturno en su carroza, diríase que ausente. No alcanza a comprender cómo una sociedad ilustrada puede dejar arrastrarse a una revolución. Su padre se había esmerado en modernizar el país, tanto en el aspecto moral como en el material. La idea del aperturismo hacia el resto de Europa había chocado con el inmovilismo eclesiástico, representado en su máxima dimensión por el Tribunal de la Inquisición. Pero también las universidades se habían mostrado reticentes a ciertas enseñanzas. Por eso Carlos III se había rodeado de personas de su confianza y experimentadas en las tareas de gobierno. La mayoría italianos traídos de Nápoles para abordar las reformas necesarias. Quizás la transformación más importante afectaba al ámbito castrense. Las *Ordenanzas Militares* de 1768 habían servido para reorganizar y modernizar profundamente el ejército español. La formación que no podía darse en la Universidad había comenzado a desarrollarse en las academias militares.

El Colegio de Artillería de Segovia es un magnífico ejemplo, la propia ciudad ha experimentado un nuevo auge tras su instalación allí. Su Majestad se halla al corriente de que la industria pañera se ha visto beneficiada por la presencia del profesor de química don Luis Proust. Su colaboración con los pañeros, aleccionándoles en la aplicación de los tintes, ha sido muy apreciada por éstos. Sin embargo, ahora le inquieta que la política de intercambio científico, tecnológico y cultural practicada hasta entonces, y que tan buenos resultados ha dado, pueda atraer también ideas sediciosas que echen por tierra los adelantos conseguidos. Al menos, si la demostración prevista resulta según lo esperado, le proporcionará una gran satisfacción y dará brillo a la memoria de su padre.

El éxito supondrá el espaldarazo definitivo a los estudios implantados en Segovia, que se convertirán por derecho propio en la enseñanza militar más avanzada. Los Oficiales de Artillería salidos de la Academia dignificarán la carrera de las armas, desterrando para siempre la imagen del soldado mercenario, borracho y pendenciero. La instrucción militar cristiana recibida por los cadetes del Alcázar será el reflejo de las nuevas virtudes marciales: subordinación, fortaleza, disciplina y patriotismo. La ciencia castrense debe ser utilizada para derrotar a la violencia revolucionaria enemiga de la razón.

La mente del soberano cavila y se pierde entre especulaciones y anhelos. A ratos resuenan en su cabeza algunos fragmentos de las obras de Boccherini en pugna con las notas discordantes que brotan del traqueteo de su carruaje. Las preocupaciones se impregnan del polvo del camino mientras la madrugada deja paso al clarear del alba. En medio de ese ambiente fantasmagórico, pincelado por el juego de luces y sombras del amanecer, el séquito real alcanza las inmediaciones de la Sierra de Guadarrama, donde todo está ya preparado.

14 de noviembre de 1792, El Escorial (Madrid)

Los científicos controlan con sus complejos instrumentos la velocidad del viento. Según los ensayos previos es mejor que no supere los 8 nudos. Es el momento idóneo, pues al amanecer las corrientes resultan menos intensas y más predecibles. Ahora el aire es suave, constante y frío. Apenas ajenos a la llegada de la comitiva real, el grupo de artilleros se afana en introducir el hidrógeno, un gas descubierto por Henry Cavendish dos décadas antes, en el interior de la enorme tela que se halla extendida por el suelo.

Al otro lado de lo que será el campo de vuelo el profesor Proust explica al conde de Aranda y a su Majestad cómo se obtiene la sustancia que permitirá llevar el artilugio a las alturas. Desde mucho antes se había logrado con aire caliente, pero según explica el químico, citando al griego Arquímedes, el principio físico que posibilita aquel milagro consiste en la diferencia de temperatura del aire. Como han demostrado experimentos precedentes, el viento más cálido resulta menos denso, más liviano que el aire que lo envuelve, lo cual le permite ascender en altura. Pero pasado un tiempo, cuando comienza a enfriarse, vuelve a descender. El hidrógeno, logrado allí mismo gracias a una reacción química provocada por la mezcla de zinc con ácido sulfúrico diluido, permitirá el control del artefacto desde tierra. Dios, a través de la Ciencia, ha transferido a los hombres el don de crear.

Una vez consideradas adecuadas las condiciones meteorológicas los oficiales, cadetes y auxiliares llegados desde Segovia están dispuestos para realizar la demostración. La expectación es grande y el silencio es rotundo, sólo quebrado por las voces de los artilleros al son del iterativo trajín de las herramientas.

Con sus 45 pies de diámetro por 93 pies de largo, el artefacto por fin se muestra en toda su grandiosidad sobre la recién amanecida campiña. Su forma se asemeja a la de una bota de vino, comentan entre murmullos los artesanos que acompañan a Carlos IV,

impaciente ya por contemplar la exhibición. El soberano rememora la ocasión, una década atrás, en la que vio su primera ascensión. Fue pionera en España, la realizó el ilustre Agustín de Betancourt. La observó junto a su padre y el resto de infantes. Recuerda un aparato bastante más pequeño y un ambiente mucho más lúdico, un entretenimiento para la Corte. Esta vez es algo mucho más sustancial. Se trata de verificar la correcta y beneficiosa aplicación de la razón a los fines militares, un logro más en la modernización de la milicia. La prueba no tiene parangón en ningún otro lugar del orbe. El artífice de este progreso es el Real Colegio de Artillería de Segovia o, lo que es lo mismo, la primera piedra que Carlos III puso para erigir el nuevo y remozado país que tenía en mente.

El globo aerostático se eleva y flota en el aire majestuoso. Desde el suelo los artilleros bregan con los registros y las válvulas pendientes de cuerdas para retenerlo y evitar que supere las 500 yardas de altitud, según los cálculos matemáticos efectuados en el Alcázar. Una vez demostrado que la nave puede mantenerse en altura controlada desde tierra es hora de proceder a realizar la prueba definitiva.

A la barquilla se suben el profesor Proust; los oficiales Fuertes, Gutiérrez y González; y los cadetes Gayangos y Sahagosa. Es el momento más esperado por ellos. Desde arriba se confirma que puede divisarse el teórico campo enemigo, la disposición de éste sobre el mismo y los movimientos estratégicos que realice. Es una verdadera hazaña para la Academia, que de esta forma se sitúa en la vanguardia de la ciencia militar. El Ejército español se acaba de convertir en pionero de la aerostación con fines militares.

Epílogo

Los hombres que en aquellos instantes bullen entre las brumas, mecidos por la invisible y caprichosa dinámica del viento, pueden ahora distinguir más allá de la misión que acometían. El plano cenital modifica la escena. Allá abajo apenas es posible diferenciar

a los nobles de los plebeyos. Sólo gracias al catalejo es posible discernir el linaje de aquellos que les contemplan admirados desde el suelo. ¿Cuántos artilugios más, materiales o etéreos, ha desarrollado el ser humano para establecer diferencias a lo largo de los siglos? Desde la perspectiva de Dios se vuelven a instaurar todas las semejanzas.

Sin embargo, no hay rastro de Él. Tampoco lo sienten más cerca. Escuchan voces en la lejanía que se acercan paulatinamente hasta su aeronave, para susurrarles, y después se alejan. ¿Serán las almas de los que han exhalado su último aliento? También escuchan música, acaso interpretada por los ángeles que velan por ellos allá arriba. Y bullicio, alboroto... pero nadie les acompaña, sólo las aves cuyo hábitat ha sido invadido. A diferencia de ellas los hombres no pueden volar y decidir qué dirección tomar. Únicamente flotan a merced del viento, amarrados a la Tierra, su lugar, sin posibilidad aún de dominar la atmósfera. Pero aquello es el primer paso. Al igual que ahora se disputan unos a otros los pedacitos de la esfera que habitan, pronto pelearán también por llegar a lo más alto posible, como en Babel. De momento, en ese justo instante, aquel grupo de hombres son dueños de un pequeño volumen del aire prefabricado que han apresado en una gigantesca tela ovalada.

La empresa no es fácil. Los de abajo se fajan para sojuzgar el globo, que a ratos se agita como lo haría un animal salvaje que lucha por su libertad. Los de arriba sacan los arrostos de su condición militar para doblegar el mal de alturas. Se sienten dioses y humanos a la vez, tan grandes desde su privilegiada posición, tan frágiles a merced del viento, ese viento que los hombres, en su afán por dominarlo y gobernarlo todo han convertido ya en un irreverente y rebelde viento cautivo.

A mi lado izquierdo.